LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 7

¡Roxy y el Caso de la Bola de Helado Caída!

Un drama en tres actos



Basado en un hecho real completamente ficticio.

¡Roxy y el caso de la bola de helado caída!

UN DRAMA EN TRES ACTOS

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Obertura - Fresa



Era la bola de helado de fresa más bonita de todo el verano.

Redonda, rosada y en perfecto equilibrio, reinaba sobre un cucurucho crujiente. En su superficie brillaban pequeños trozos de fruta. En el borde empezaba a derretirse una gota, lo bastante despacio para resultar apetecible y lo bastante deprisa para recordarle a Roxy que la felicidad estaba hecha para saborearla.

Salió de la heladería a la plaza del mercado de Goldhain. Sus largas ondas de color rosa pastel le caían sobre los hombros, las gafas de sol descansaban sobre su cabeza y el collar de mariposa centelleaba. En una mano llevaba el helado. Levantó la otra para protegerse del sol.

Junto a la fuente sonaba un acordeón. Las tazas tintineaban en las terrazas de los cafés. Una paloma caminaba por los adoquines con atareada dignidad.

Roxy contempló la bola.

«Eres perfecta», dijo.

Una brisa recorrió la plaza.

La bola se inclinó un milímetro.

Nadie salvo Roxy comprendió de inmediato que el mundo acababa de perder su inocencia.

I. Primer acto - La inclinación



Roxy corrigió el cucurucho hacia la izquierda. La bola se inclinó a la derecha.

Corrigió hacia la derecha. La bola se detuvo, como si estuviera considerando una solución sensata, y después siguió avanzando.

«No», dijo Roxy con calma.

Un niño que estaba junto a la fuente se volvió hacia ella. El acordeonista alargó una nota. La paloma se detuvo.

Roxy bajó el cucurucho para tranquilizar su centro de gravedad. Pero entre el helado y el cucurucho había una segunda curva diminuta: un pedestal casi invisible de fresa derretida, liso como el cristal. La bola grande ya no descansaba. Solo esperaba.

Roxy extendió la mano libre. Habría podido atrapar la bola si el tiempo y la gravedad estuvieran dispuestos a negociar. En Goldhain

había muchas cosas negociables. La gravedad no era una de ellas.

La bola se desprendió.

Durante un instante flotó ante Roxy. Un planeta rosa sin órbita. Un pequeño universo perfecto que había decidido abandonar su lugar.

En aquel momento, Roxy vio todo lo que podría haber sido. La primera cucharada, aunque no tenía cuchara. El mordisco cuidadoso en el borde. El último trocito de cucurucho, donde se habría acumulado la fresa derretida. Todo un futuro pasó ante sus ojos, frío, dulce y de una brevedad devastadora.

Adelantó el pie izquierdo. El cucurucho que llevaba en la mano se mantuvo sorprendentemente recto. Su mano libre formó un cuenco. Fue un buen movimiento, rápido y decidido. En otras circunstancias habría bastado.

Pero la bola ya había abandonado la zona donde la esperanza y la coordinación de las manos trabajaban juntas.

«Por favor», dijo Roxy.

La bola cayó.

II. La larga caída

Más tarde, varios testigos afirmaron que la caída había durado al menos diez segundos.

En realidad fueron menos de dos. Pero las tragedias tienen su propia forma de medir el tiempo.

Roxy se lanzó hacia delante. Las yemas de sus dedos no alcanzaron el helado por el ancho de una miga de cucurucho. Un camarero de la terraza bajó la bandeja. Una señora mayor se llevó una mano a la boca. El niño de la fuente dejó caer una bolita de azúcar.

La paloma alzó el vuelo a pesar de no estar amenazada. Así creó una segunda ráfaga cuyo papel posterior sería objeto de serios debates.

La bola dio una vuelta completa sobre su eje. Roxy vio los pequeños trozos de fresa, el lado claro, el lado oscuro y, por último, la diminuta marca que había recibido al colocarla en la heladería.

Entonces golpeó los adoquines.

El sonido fue apenas audible. Un suave plof.

El acordeonista se detuvo a mitad de un compás.

En el suelo quedó una mancha rosa. A su lado reposaba un único pedazo de fruta. El cucurucho en la mano de Roxy estaba vacío.

Ella bajó la vista.

«Oh», dijo.

Fue la palabra más silenciosa de toda la plaza.

III. Los primeros testigos

La gente formó un círculo.

No por curiosidad, como recalcarían más tarde, sino por solidaridad y porque el camino hacia el café pasaba justo por allí. El camarero trajo una servilleta. El niño colocó a su lado la bolita de azúcar perdida. La señora mayor le ofreció a Roxy la mitad de la galleta de su platillo.



Roxy se arrodilló ante la mancha. Todavía sostenía recto el cucurucho vacío.

«¿Quiere que le traiga otro?», preguntó el camarero.

Roxy lo miró. «No se sustituye nada antes de comprenderlo.»

El camarero asintió, aunque no sabía qué había que comprender.

Jen cruzó la plaza, se detuvo al borde del círculo y observó la escena. «¿Qué ha pasado?»

El niño señaló a la paloma.

La paloma no señaló nada. Se acicaló un ala y parecía completamente libre de remordimientos.

«Necesitamos declaraciones», dijo Jen.

«Necesitamos un momento», dijo Roxy.

Todo el mundo guardó silencio. Hasta la fuente pareció chapotear más despacio.

Roxy dejó la servilleta junto a la mancha, no encima. Después se levantó e inspiró hondo.

El camarero colocó una silla detrás de ella. Roxy no se sentó. La señora mayor recuperó la galleta, la envolvió con cuidado y aclaró que seguiría disponible. El niño buscó más bolitas de azúcar por el suelo y encontró dos, que dejó como flores junto a la servilleta.

Un turista quiso hacer una foto. Mira, que acababa de llegar a la plaza, se colocó en silencio delante de su cámara. Él la bajó de inmediato. Había momentos que se documentaban y momentos que primero pedían permiso.

Roxy miró a la gente reunida en el círculo. Nadie se reía. Eso hizo que todo resultara a la vez más fácil y mucho más solemne de lo necesario.

«Primer acto», dijo. «Terminado.»

IV. El discurso

Roxy no pronunció un discurso largo. Solo uno necesario.

Habló de la fugacidad, de la estabilidad de los cucuruchos y del deber de no dar una bola por sentada solo porque la heladería siguiera abierta. Recordó que cada helado recorría un camino peligroso entre el congelador y el primer bocado.

El acordeonista empezó a tocar una melodía suave. El camarero dejó la bandeja. Incluso la dueña de la heladería salió a la puerta para escuchar.

«Esta bola», dijo Roxy, «solo estuvo conmigo cuarenta y siete segundos. Pero fue una bola muy buena.»

El niño sorbió por la nariz. Su padre le entregó una servilleta.

«Olía a fresas de verdad. Tenía exactamente el color adecuado. Y cayó antes de que pudiera probar un solo bocado.»

Aquella fue la frase que cambió el ambiente. La compasión se convirtió en indignación.

«¿Ni un solo bocado?», preguntó la señora mayor.

Roxy negó con la cabeza.

Un murmullo recorrió a la multitud.

Jen sacó una pequeña libreta. «Entonces ya no es un accidente. Es un caso.»

Roxy miró hacia la paloma.

La paloma retrocedió dos pasos.

«Antes de acusar a nadie», dijo Jen, «vamos a asegurar la zona.»

Sacó del bolsillo un trozo de hilo azul y lo tensó entre dos sillas. El área acordonada medía algo menos de un metro de diámetro. Ahora la gente debía dar un rodeo de tres pasos, algo que aceptó con una seriedad admirable.

El camarero colocó un vaso boca abajo sobre el único trozo de fruta. La dueña trajo una bolsa de frío, pero no la puso sobre la mancha porque Leyla advirtió que podía alterar su forma original.

En pocos minutos, la bola derretida recibió más protección que muchos edificios históricos de Goldhain.

V. Segundo acto - El duelo

La noticia se extendió deprisa.

Ruby llegó con rollos de canela para quienes esperaban. Mira trajo la cámara, pero no fotografió la mancha, sino la dirección del viento en las banderas sobre la plaza. Leyla colocó un pequeño nivel de burbuja junto al cucurucho. Nika consultó en el teléfono los datos meteorológicos de la última hora.

Roxy se sentó en el borde de la fuente. El cucurucho vacío descansaba sobre una servilleta a su lado.

«Lo siento», dijo Ruby mientras le ofrecía un rollo.

«Gracias.» Roxy lo aceptó, pero no comió. Parecía demasiado pronto para acoger otro bollo redondo.

Mira se sentó junto a ella. «¿Quieres que borre las fotos?»

«¿Qué fotos?»

«Las de delante de la heladería. En las que estás con la bola.»

Roxy lo pensó y después negó con la cabeza. «No. Allí era feliz.»

Mira no la rodeó con un brazo; el pelo de Roxy ya ocupaba bastante espacio. Se limitó a sentarse a su lado.

En la plaza, las demás examinaban el viento, los adoquines y el cucurucho. Para tratarse de un accidente corriente, aquel era un duelo extraordinariamente minucioso.

VI. Los sospechosos

Jen dirigió los interrogatorios.

El viento fue el primero. Nika explicó que, a la hora de la caída, se había registrado una ráfaga del oeste de once kilómetros por hora. Suficiente para el pelo, insuficiente para las bolas.

Después llegó la paloma. Recibió el nombre de Testigo A, porque Jen mantenía su inocencia mientras no se demostrara lo contrario. El niño aseguró que el Testigo A había batido las alas poco antes de la caída. Mira mostró una foto: la paloma sí había aleteado, pero solo después de que la bola se desprendiera.

«Coartada», dijo Jen.

La paloma picoteó una miga y se negó a hacer más declaraciones.

El tercer sospechoso fue el pavimento. Leyla midió una inclinación de dos grados. «Poco elegante, pero no es la causa», dictaminó.

El cuarto fue el sol. Nika calculó el proceso de derretimiento. El helado debería haber permanecido seguro otros cuatro minutos.

También interrogaron a la fabricante de los cucuruchos. Explicó el proceso de producción, el grosor habitual de las paredes y el ángulo exacto de la abertura. Ruby probó un cucurucho de

control y confirmó que estaba crujiente. Jen tomó nota, aunque lo crujiente no tenía ningún efecto reconocible sobre la caída.

Mira enseñó las fotos en orden cronológico. En la primera, Roxy seguía en la puerta. En la segunda, la bola estaba ligeramente inclinada hacia delante. En la tercera se veía el viento en el pelo de Roxy, pero el cucurucho continuaba recto.

«Tú no la derramaste», dijo Mira.

Roxy no sabía que se había estado culpando hasta que aquella frase la liberó.

Por fin, Jen puso el cucurucho sobre la mesa.

Todos lo miraron.

«El último recipiente», dijo.

Roxy acarició el borde. «Hizo todo lo que pudo.»

Leyla levantó el nivel de burbuja. «Eso vamos a comprobarlo.»

VII. La reconstrucción

La dueña de la heladería proporcionó tres bolas de prueba: vainilla, chocolate y una bola neutra de patata de la cocina, que no se derretía y que nadie quería comerse.

Reconstruyeron la caída en la plaza. Roxy se colocó en el mismo lugar. Mira marcó la posición de sus zapatos. Nika midió el viento. Leyla apoyó el nivel de burbuja en el cucurucho.

La bola de patata no se movió.

La de vainilla tampoco.

La bola de chocolate se inclinó un poco, pero fue rescatada a tiempo dentro de un vaso. Después se la entregaron al niño que ya había aportado una bolita de azúcar.

Para una cuarta prueba, Lin colocó una pequeña cuña de madera bajo el cucurucho. La patata no rodó. Luego puso una canica debajo. La bola de patata salió disparada hacia un lado y golpeó el zapato de Jen.

Todos miraron la canica.

«El principio», dijo Lin, «ha quedado demostrado.»

Roxy recogió la bola de patata. Ahora tenía un lado plano y no olía a nada. «Ha sido muy valiente.»

Ruby se la llevó para hacer sopa. En Goldhain, hasta las pruebas se aprovechaban siempre que era posible.

«El cucurucho es estable», dijo Leyla.

Jen examinó el interior vacío. En el fondo había una pequeña marca redonda.

«¿Qué había debajo?»

La dueña frunció el ceño. «En realidad, nada.»

Entraron juntas en la heladería. Detrás del mostrador estaba el sacabolas. A su lado había una minúscula bola de muestra, de las que a veces se colocaban sobre el cucurucho para probar un sabor.

La dueña palideció. «Puse la bola grande encima.»

Dos bolas. Una visible, otra oculta.

Unos cimientos de helado.

VIII. El informe pericial

Leyla redactó el informe con sumo cuidado.

La bola superior tenía la forma correcta. El cucurucho era resistente. El viento había acelerado el proceso, pero no lo había causado. El factor decisivo fue la pequeña bola de muestra situada entre el cucurucho y la bola principal, que había actuado como un rodamiento.

«Un caso clásico de estática insuficiente», dijo Leyla.

«Y de redondez excesiva», añadió Lin, que ya había aparecido con una pequeña maqueta.

La dueña de la heladería se disculpó. «Quería darte algo extra.»

Roxy la miró. La mujer parecía sinceramente afectada. Detrás de ella aguardaban nuevos cucuruchos, limpios y vacíos.

«El detalle fue bonito», dijo Roxy. «Solo estaba en un lugar peligroso.»

Contempló la pequeña bola de muestra, que descansaba como prueba en un cuenco refrigerado. No era culpable. Sencillamente se

había encontrado, en el peor momento, bajo una responsabilidad demasiado grande.

Jen cerró la libreta. «Caso resuelto.»

Algunas personas de la plaza aplaudieron. La paloma voló hasta el borde de la fuente y recibió su exoneración con digna indiferencia.

Roxy soltó el aire. La pena pesaba menos cuando tenía una explicación.

IX. Tercer acto - Un nuevo comienzo

La dueña preparó un helado nuevo.

Esta vez no utilizó un cucurucho. Eligió una copa honda de base ancha. Colocó dentro tres bolas: fresa, vainilla y chocolate. Ninguna descansaba sobre otra. Cada una tenía su propio lugar y, además, había una galleta en el borde que no debía sostener nada.

Roxy observó cada movimiento.

«¿Quieres salsa?», preguntó la dueña.

«Solo si no supone ningún riesgo estructural.»

Leyla inspeccionó la copa. «Aprobada.»

La bola de fresa estaba arriba, pero lo bastante hundida en el cristal como para que ni una ráfaga pudiera alcanzarla. Roxy recibió la copa con las dos manos.

La gente de la plaza formó otro círculo. Esta vez no por preocupación, sino por expectación. El acordeonista empezó a tocar una melodía más esperanzadora.

Roxy levantó la cuchara.

Pero antes de probar el helado, miró la pequeña mancha rosa de los adoquines. El sol casi la había secado.

«Por la primera», dijo.

Entonces tomó la primera cucharada.

La cuchara atravesó la superficie lisa con un leve crujido. Debajo, el helado era más blando, como si la bola solo hubiera mantenido la compostura por fuera. Roxy dejó que se derritiera un momento sobre la lengua. Ni las prisas, ni el viento, ni una gravedad demasiado curiosa podrían arrebatarle ya aquella parte.

La dueña permanecía en la puerta y contenía la respiración sin darse cuenta. Cuando Roxy sonrió, se relajó visiblemente. No porque una copa de helado pudiera borrar un accidente, sino porque a veces reparar el daño era exactamente esto: tres bolas, un borde profundo y la voluntad de esperar la primera cucharada.

X. El sabor

El helado sabía a fresas.

No a pérdida, ni a gravedad, ni a una investigación pública. Sencillamente a fresas, frío y dulce, con pequeños trozos de fruta.

Roxy cerró los ojos. La plaza esperó.

«¿Está bueno?», preguntó el niño.

Ella abrió los ojos. «Muy bueno.»

Estalló una ovación. Era desproporcionada, pero sincera. El camarero levantó la bandeja. Ruby repartió los rollos de canela que quedaban. Jen escribió cerrado bajo sus notas.

Roxy comió despacio. La segunda cucharada fue de vainilla, la tercera de chocolate y la cuarta otra vez de fresa. Todas las bolas permanecieron dentro de la copa. El borde profundo cumplía su función con silenciosa fiabilidad.

La paloma se acercó. Se plantó junto a la mesa y miró la galleta vacía del borde de la copa.

«Eras inocente», le dijo Roxy.

La paloma inclinó la cabeza.

Roxy partió un trocito de galleta y lo dejó sobre los adoquines.

La paloma se lo comió.

La reconciliación resultó sorprendentemente crujiente.

XI. El monumento

A la mañana siguiente apareció un pequeño cartel en la plaza.

No era oficial. Jen lo había recortado de una cartulina, Mira había dibujado una diminuta bola y Leyla lo había apoyado perfectamente recto contra una maceta. Decía: Aquí cayó una bola de helado de fresa. Fue investigada.

Roxy se rio tanto que tuvo que agarrarse a la fuente.

La gente se detenía, leía el cartel y se contaba sus propias versiones de la historia. En una, la bola había caído desde el campanario. En otra, la paloma la había salvado con un vuelo en picado. La verdad - dos bolas colocadas una encima de otra - era casi igual de extraña y por eso acabó imponiéndose.

La heladería incorporó una copa nueva: la «Roxy». Tres bolas, borde profundo y galleta aparte. Una parte del precio se destinaba al mantenimiento de los adoquines de la plaza, aunque nadie sabía qué había que mantener allí.

El alcalde insistió en celebrar una breve inauguración. Descubrió la copa aunque ya estaba a la vista sobre el mostrador y pronunció un discurso sobre rutas seguras hacia el placer.

Leyla recibió el encargo oficial de medir la inclinación de las mesas de la plaza. Dos estaban torcidas, aunque en la dirección menos peligrosa.

La paloma apareció durante el discurso y se posó sobre el pequeño cartel. Jen lo interpretó como la aprobación de la parte exonerada. Nika no realizó más interrogatorios.

Roxy no volvió a pedir la copa de inmediato. Los grandes acontecimientos necesitaban distancia.

Pero fotografió el cartel y guardó el cucurucho vacío en una cajita.

No por tristeza.

Por respeto a la estática.

XII. La nueva regla

Una semana después, Roxy volvió a sentarse delante de la heladería.

Ante ella había una copa con dos bolas. Había insistido personalmente en que estuvieran una al lado de la otra. La dueña asintió sin preguntar.

El niño de la fuente pasó por allí y señaló la copa. «¿No tienes miedo de que vuelvan a caerse?»

Roxy lo pensó. «Un poco.»

«Entonces, ¿por qué comes helado?»

«Porque, si no, solo se queda frío.»

Al niño le pareció una respuesta razonable.

El drama no había enseñado a Roxy a tener miedo de las bolas. Le había enseñado a no aplazar la primera cucharada. Le había enseñado que un borde profundo no era una señal de cobardía. Y le había enseñado que las palomas eran malas testigos, pero excelentes compañeras

de galleta.

Sobre la mesa colgaba ahora una pequeña regla escrita a mano: Después del helado viene otro helado.

Roxy pasó la cuchara por la bola de fresa y tomó un gran bocado.

El viento le levantó el pelo.

El helado se quedó donde estaba.

Final - Tres bolas

Al terminar el verano, todo Goldhain conocía la historia.

No la contaban porque una bola de helado hubiera caído. Eso ocurría todos los días. La contaban porque Roxy había convertido dos segundos de gravedad en una obra completa en tres actos, con testigos, informe pericial, reconciliación y una copa mejor.

Roxy estaba sentada en el café, con tres bolas a una profundidad segura. La paloma esperaba junto a una galleta vacía. En la fuente, el acordeón tocaba la misma melodía del primer día, esta vez hasta el final.

Roxy levantó la cuchara. «Primer acto», dijo, y tomó fresa.

«Segundo acto.» Vainilla.

«Tercer acto.» Chocolate.

La paloma picoteó la galleta.

«Bis», dijo Roxy mientras le partía un trozo.



No cayó ninguna bola. Nadie pronunció un discurso. El público estaba formado únicamente por un ave, un camarero y dos personas de la mesa de al lado que no sabían nada de todo aquello.

Fue una tarde completamente tranquila.

Se levantó una ráfaga. Las servilletas volaron, las hojas susurraron y el toldo de la heladería crujió. Roxy apoyó instintivamente una mano en la copa. Las tres bolas no se movieron. La base ancha se mantuvo firme, el borde profundo resistió y la galleta descansaba a salvo sobre la mesa.

Roxy apartó de nuevo la mano.

Tal vez la confianza no fuera más que saber dónde estaba el borde.

A Roxy le encantaba.